

*Pedro,
¿me amas?*



**Santa María
de la estrella**

Pedro, ¿me amas? - 2a ed. - Buenos Aires :
Grupo Misionero Santa María de la Estrella, 2005.
80 p. ; 14x10 cm.

ISBN 987-22236-0-2

1. Espiritualidad I. Título
CDD 248

Fecha de catalogación: 22/06/2005

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico electrónico o mecánico, incluyendo sistema de fotocopia, registro magnetofónico o de almacenamiento y alimentación de datos sin expreso consentimiento del autor.

D. R. © 2005, Grupo Misionero Santa María de la Estrella

Diseño y cuidado editorial

Del Umbral SRL

Dirección: Lavalle 1634 3ºG

Tel & Fax: (011) 4372 9629

del-umbral@fibertel.com.ar

Buenos Aires, República Argentina

Impreso en Argentina

Docuprint S.A

Rivadavia 701

Buenos Aires, República Argentina

ISBN: 987-22236-0-2

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Índice

<i>Presentación</i>	7
<i>Introducción</i>	9
<i>Pedro, ¿quién eres?</i>	13
<i>Pedro, ¿qué estás buscando?</i>	19
<i>Pedro, ¿quién dice Jesús que eres?</i>	29
<i>“Tú eres Pedro...”</i>	39
<i>“No, Tú jamás me lavarás los pies a mí”</i>	47
<i>“No lo conozco ni sé de quién hablas...”</i>	53
<i>“Pedro, ¿me amas?”</i>	71
<i>“Pongan al servicio de los demás los dones...”</i> ...	77

Presentación

El presente libro contiene una serie de meditaciones en torno a la figura del apóstol San Pedro propuestas por un joven que un día escuchó un llamado especial de Cristo a enamorarse profundamente de Él, y proponiéndole un camino de testimonio cristiano comprometido a través de Santa María de la Estrella, cuyas características esenciales consisten en el testimonio laical y misionero.

Sin duda la persona de Pedro es profundamente elocuente y llamativa dentro del conjunto de los primeros discípulos que elige Jesús para constituirlos en sus apóstoles, y las presentes reflexiones nos invitan a un encuentro personal con Cristo que cambiará nuestras vidas; las llenará de sentido y nos lanzará a

una aventura apostólica impensada para nosotros, pero asistida por las gracias especiales que Cristo da a aquellos que se animan a las cosas grandes en la vida.

Con un corazón abierto, los invito a introducirse en esta apasionante personalidad de quien fue elegido como Cabeza de la Iglesia, y en quien nos sentiremos más de una vez identificados por su personalidad y por la obra de Cristo en nosotros.

*Pbro. Ignacio María Dodds
Párroco
Parroquia Stella Maris
-Munro- Pcia. de Bs. As.*

Introducción

Este pequeño libro que llega a tus manos fue escrito con otra función. En realidad estas páginas fueron preparadas como un retiro espiritual de Santa María de la Estrella en el año 2003. Pensamos en principio corregirle el estilo, transformarlo en un libro serio, que pareciera un tratado espiritual pero no. No podía serlo porque no tenía esa profundidad, y no podía serlo tampoco porque perdería el impulso que había llevado a escribirlo. Sacar su estilo retórico, su forma de charla era injusto con la obra, pero también era injusto con su función. Este no es un libro para que estudies, lejos está de proponerse como una biografía de Pedro o un tratado espiritual acerca del primer Papa. Su intención es otra.

Es la de gritarte al oído algo sencillo y contundente: “Sigue”.

Sólo pretendemos con este libro acompañarte en tu propia travesía espiritual, en tu propia historia de amor con Dios. Una historia que como la de Pedro estará seguramente llena de obstáculos, de alegrías y decepciones, de triunfos y fracasos, pero una historia personal y única, como toda verdadera historia. En algún capítulo de ese libro tuyo, podrás incorporar este libro, leelo como se te propone. Como una charla con un amigo, dejate interpelar por la vida de Pedro, que seguramente sea en muchas aspectos similar a tu vida. Nada más que eso, nada más que sumergirte en la vida de un hombre que amó a Jesús, y que como a vos o como a mí, eso le costó mucho. Ojalá al final de tu vida y la mía, podamos sentir que hemos amado al Señor como este pobre pescador ter-

co y luminoso. No hay más, porque sería en vano. Dejemos que Pedro asuma el protagonismo y que el que tenga oídos, que lea.

*Santa María de la Estrella,
ruega por nosotros.*

Pedro, ¿quién eres?

La primera, primerísima pregunta que quisiera que nos hagamos esta noche es la pregunta fundamental acerca de nosotros. Querría hacerle esa pregunta a Pedro, mirarlo a los ojos y preguntarle: “Pedro, ¿quién eres?”. ¿Qué cosas podrías decir de vos mismo? Y en Pedro preguntarnos cada uno de nosotros eso. Supongo que Pedro diría algo más o menos así:

Bueno, soy hermano de Andrés. Soy un tipo impulsivo, tengo en mi corazón deseo de grandes cosas. Creo que soy una persona generosa aunque poco previsor. Me considero a mí mismo un tipo valiente y seguro de sí mismo, te repito, sobre todo impulsivo. No calculo mucho los riesgos, me voy mandando por la vida e improvisando sobre la marcha.

Como todos nosotros Pedro empezaría a hablar de sí marcando las cosas buenas. Ante la gente que uno no conoce siempre trata de impresionarla un poco. Si lo pinchamos un poco tal vez nos diga:

Es verdad que muchos me acusan de querer figurar, de ser siempre yo el que habla primero y que eso por ahí a algunos les molesta, sienten que les saco protagonismo. Pero bueno, así soy yo y no puedo evitar que me salga naturalmente contestar cuando alguien hace una pregunta. Muchos dicen que no cumplo con las cosas que prometo y tal vez sea cierto, porque muchas veces prometo más allá de lo que puedo cumplir, no sé, tengo tantos deseos de ayudar a los demás que no me importa cómo. No soy torpe, aunque algunos creen que sí, el tema es que, como respondo rápido, no suelo pensar las respuestas.

Pedro se va animando a hablar de sus defectos aunque, por supuesto, va marcan-

do un justificativo perfecto para cada uno. Como nosotros, tal vez, seguiríamos describiéndonos. Si avanzáramos en el conocimiento de Pedro, tal vez se anime a confesarnos más cosas. Ya, ahora sí, vaciado de toda excusa:

Soy bastante cabeza dura. Quiero tener la razón siempre, no me gusta que otros tengan mejores respuestas que yo. Tengo un carácter fuerte, creo que tiene que ver con mi inseguridad, y un poco con mi deseo de ser querido por todos. Me molesta demasiado cuando hablan mal de mí. Soy bastante intolerante conmigo mismo y con los demás también. Tengo mucho orgullo, no reconozco cuando me equivoco y cuando quedo en evidencia me hecho la culpa como si fuera gravísimo y tuviera que ser infalible. Me gusta que las cosas dependan de mí y me cuesta confiar en los otros, tal vez porque al ser tan sensible me duele mucho que los demás me fallen, entonces prefiero no arriesgarme.

Poco a poco nuestro amigo se va soltando. Sin embargo costó que fuera abriéndonos su corazón. Nosotros, como Pedro, tenemos tal vez tres instancias de conocimiento como para ponerlo en un sistema. Una primera de presentación, una segunda de sinceramiento y una tercera de defectos. Ninguna de las tres es la verdad absoluta sino que cada una tiene partes de verdad y partes que no son eso. Lo que quiero decir es que tienen contradicciones. En una, Pedro dice que es valiente y en otra que es inseguro. En una, Pedro dice que tiene grandes deseos de ayudar a los demás y en otra que lo hace porque es tan inseguro que necesita que todos lo quieran. Estas contradicciones existen en cada uno de nosotros y, más que contradicciones, son pequeños trozos de nuestra personalidad. Es decir, puede que Pedro tenga una gran inseguridad y deseo de ser querido y apreciado, tal vez más que la media, pero esto, lejos de

hacerlo un mal tipo lo vuelve un hombre con grandes deseos de ayudar a los otros. Después tendrá que aprender a purificar su amor, pero ese es otro camino.

La primera pregunta acerca de Pedro es la primera pregunta acerca de nosotros mismos. ¿Quiénes somos?, ¿cuáles son nuestras contradicciones? ¿cómo se muestran estos tres niveles en nuestra propia descripción personal?

La primera instancia es mostrar nuestras virtudes, es decir las cosas buenas que tenemos. Nadie se presenta diciendo que es un mal tipo. “Hola, soy un violador de menores, ¿quierés ser mi amigo?”

La segunda instancia empieza a revelar algunos de nuestros defectos pero con su correspondiente excusa. “Tengo carácter fuerte porque si no me impongo me pasan por arriba”.

La tercera instancia es francamente negativa: “Soy un intolerante”. Sin excusas,

hasta pesimista. Esta instancia, por lo general, no revela tampoco lo que uno es sino que está viciada de cierta falsa humildad que nos exige atribuirnos defectos que incluso no tenemos. Siempre es más fácil hablar con los demás de nuestros defectos que de nuestras virtudes. Hay un ejercicio clásico que consiste en escribir cinco defectos y cinco virtudes y tomar el tiempo que uno tarda en hacer cada una de estas cosas e increíblemente uno tarda mucho menos en escribir los defectos. Repito, ninguna de las tres instancias tiene la verdad definitiva, cada una de las tres tienen cosas verdaderas.

Esta primera noche los quiero invitar a contestar esa pregunta acerca de ustedes mismos. ¿Quién soy? Atravesando las tres instancias de presentación y si, se animan, escribiéndolas.

Pedro, ¿qué estás buscando?

La segunda pregunta que querría hacerle a Pedro es sobre qué es lo que busca en su vida. Cómo es su vida cotidiana antes del encuentro con Jesús para después, sí, meternos de lleno en ese encuentro.

La vocación, el destino personal de cada uno. Ese llamado interior por el cual hemos sido llamados es una revelación, pero una revelación que se va expresando en el tiempo. Esa revelación es la contrapartida del descubrimiento de Dios. Uno no sabe ciertamente quién es y por lo tanto a qué está llamado sin Aquél que lo ha creado. Lo que somos se relaciona estrictamente con lo que estamos llamados a ser, es decir, lo que seremos si somos fieles a lo que somos.

Todo esto parece complicado porque está enmarcado en varios flujos. Por una parte

tenemos: lo que somos y lo que queremos. Estas dos cosas en realidad son una misma, lo que queremos es expresión de lo que somos. Por otra parte lo que somos va cambiando en el tiempo y también lo que queremos. Cuando uno es chico no quiere lo mismo que cuando tiene 12 años y menos que cuando tiene 30. Por eso la pregunta que le quiero hacer es qué es lo que busca Pedro antes del encuentro con Jesús. Pedro diría:

Yo soy un judío religioso. Frecuento la sinagoga, no soy un clerical como los que viven en Jerusalén. Tengo una vida sencilla, me dedico a pescar, consagro los días sábado a Dios. Como cualquier judío espero al Mesías. He frecuentado a Juan el Bautista con mi hermano Andrés y el joven Juan pero la verdad que no es lo que estoy buscando, a decir verdad, él dice que no es el Mesías. Tengo deseos de algo grande pero no encuentro nada que verdaderamente me

anime. Me gusta pescar pero, cuando vuelvo a mi casa por las noches, me pregunto qué finalidad tiene mi vida.

Esto podría decirnos el Pedro que todavía no conoce a Jesús. Es un hombre normal, sin grandes sobresaltos, que anda por la vida buscando algo y no sabe bien qué.

El Evangelio nos narra el encuentro de Jesús con sus dos primeros discípulos: Juan y Andrés, el hermano de Pedro.

Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios». Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que lo seguían les dijo: «¿Qué buscan?» Ellos le respondieron: «Rabbí –que quiere decir, ‘Maestro’– ¿dónde vives?» Les respondió: «Vengan y lo verán». Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Eran más o menos las cuatro de la tarde. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Je-

sús. Este se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías» –que quiere decir, ‘Cristo’–. Y lo llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas» –que quiere decir, ‘Piedra’–.

El relato del Evangelio es fuerte. Nos cuenta el primer encuentro de Jesús con sus primeros dos discípulos y el tercero: Pedro. Es probable que Pedro también frecuentara con Andrés y Juan a Juan el Bautista y tal vez lo había dejado de ir a escuchar o tal vez ese día no estaba con ellos. Lo cierto es que estos dos estuvieron todo el día con Jesús y, apenas amaneció, Andrés salió corriendo a buscar a su hermano Pedro. Conocía a Pedro y sabía que era más apasionado que él, tal vez hasta haya sido Pedro el que le presentó a Andrés a Juan el Bautista ya que por su propio temperamento era más lanzado que Andrés, más buscador, donde veía una es-

peranza estaba él. Incluso Andrés debía reírse por dentro por haberle ganado de mano a su hermano. Apenas lo ve lo primero que le dice es: “Hemos encontrado al Mesías”, tremenda afirmación. Pedro sabía que su hermano no decía las cosas porque sí, era un pescador y los pescadores le dicen a las cosas por su nombre, no andan con vueltas. Sorprendido –habían estado juntos la tarde anterior– fue adonde vivía Jesús y acá se produce el primer encuentro.

*Jesús, fijando su mirada en él, le dijo:
«Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas –que quiere decir, ‘Piedra’–».*

En esta oración tenemos muchísimas cosas para analizar. Lo primero es cómo llama la atención al escritor la mirada de Jesús. Aclara especialmente que Jesús: “fijando su mirada en él”, lo recibe. Y en este signo me quiero detener especialmente.

La mirada es necesariamente el canal para relacionarse. Básicamente uno se re-

laciona con alguien cuando ese alguien lo mira. Cuántas veces nuestros padres nos dicen: “Miráme cuando te hablo”. Es la mirada la que enfoca nuestras palabras, si uno en un cuarto, sin mirar a nadie, habla es difícil que se produzca una respuesta. Ahora, si mirando a alguien hacemos una pregunta esa persona va a contestar. Incluso aunque digamos otro nombre la persona contesta, al menos, que ése no es su nombre. La mirada es una forma profunda de relacionarse, Jesús se relaciona profundamente con Pedro. Es el primer encuentro y en ese primer encuentro el evangelista resalta la mirada con la que el maestro mira a Pedro.

Lo segundo es que Jesús lo llama por su nombre. No hace falta imaginarnos a Jesús profetizando, puede que Andrés le contara antes de su hermano Pedro. Pero lo primero que hace Jesús es llamarlo por el nombre, por lo que lo identifica, pero sobre

todo por lo que está llamado a ser. El nombre en la tradición hebrea (y en la nuestra también) es un destino, está profundamente relacionado con la vocación personal. El nombre también es la forma de apropiarnos de las cosas, cuando uno nombra algo quiere decir que lo toma por posesión, pero más que como posesión, como tutoría, como protectorado. En el Génesis el hombre le pone nombre a los animales y a las plantas y es el Rey de la creación. Jesús nombra a Pedro pero va más allá aún. Le cambia el nombre: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas –que quiere decir, ‘Piedra’–». Llega a lo más profundo de Pedro y lo cambia, pero lo que le cambia no es el vestido o la forma de peinarse. Lo que Jesús le cambia es el nombre, el destino, la vocación. “Hasta hoy fuiste lo que querías ser, ahora vas a ser otra cosa, porque yo, tu maestro te miro y veo lo que tenés adentro” –le dice Jesús.

Y todo esto encierra un mensaje radicalmente distinto pero prefiero que sea Pedro quien lo explique:

Yo me quedé callado. Yo sabía que Andrés no podía estar inventando, tenía que ser el Mesías. Si hubiese sido yo, tal vez me podría haber equivocado, impulsivo como soy en dos minutos me convencían. Pero Jesús era distinto a todos los demás que se atribuían ser Mesías. Los otros proponían una forma de vida, nos decían qué cosas teníamos que hacer, nos trataban de convencer con todo tipo de argumentos, pero Jesús no. Él sencillamente me miró, me llamó por mi nombre y me lo cambió. Con ese signo entendí varias cosas: la primera, era que me estaba invitando a mí –personalmente– a formar parte de su vida; no quería que lo escuchara cada tanto, que cumpliera determinadas cosas, quería que fuera su compañero. Lo segundo que comprendí era que este hombre que vestía como nosotros pretendía apropiarse de todo lo que yo era.

Y Pedro tiene razón. Jesús le decía lo siguiente: Hasta ahora tuviste un Dios, es hora de que Dios te tenga a vos.

La vida de Pedro no podría seguir siendo la misma. Su vocación, su llamado, había cambiado, encontró el sentido que buscaba. Por primera vez en su vida, bajo los ojos de ese hombre completamente desconocido se estaba comprendiendo por primera vez, sintió que esa mirada le revelaba todo lo que él nunca había podido ver de sí mismo. Su destino de a poco se le estaba revelando.

*Pedro,
¿quién dice Jesús que eres?*

A partir del momento que vimos en la anterior meditación, Pedro supo que no podría comprenderse, que no podría saber qué era lo que buscaba en esta vida sin escuchar a ese hombre nuevo. El magnetismo que Jesús ejercía sobre Pedro tenía que ver con la posibilidad de entenderse a sí mismo. Es que, al fin y al cabo, no podemos entendernos sin los ojos de Jesús. Esta fue la primera certeza de Pedro.

Sin embargo una vocación es algo serio. Por eso Jesús no se aprovecha del impulso inicial de Pedro, se marcha y lo deja volver a su trabajo y su familia. Imagino que, tal vez, Pedro pensaría así en su vida:

La verdad es que no puedo concentrarme, ando como perdido. Le perdí interés a

la pesca, ya no me importa si saco un pez grande o un pez chico. Siento que mi corazón no puede llenarse con una vida de pescador. Jesús me reveló algo y me dejó inquieto. ¿Dónde se habrá metido? Quiero saber ya las respuestas a todo: ¿Qué va a ser de mi vida?... Soy demasiado ansioso... necesito saber. ¿Volverá Jesús?

Como vemos la vocación es una revelación progresiva, se va gestando en el tiempo, Dios es intermitente, pedagógicamente intermitente. Es la pregunta y también la respuesta, genera un interrogante en nosotros y también finalmente lo responde. Como Pedro, muchas veces queremos que sea rápido, urgente, pero los tiempos de Dios son diferentes que los nuestros.

Es recién unos días después que se produce el segundo encuentro y esta vez sí, definitivo.

Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado

Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Y ellos al instante, dejando las redes, lo siguieron. (Mateo 4, 18-20)

El llamado de Jesús era diferente e inusitado. En ese tiempo los predicadores no invitaban a los oyentes a seguirlos, la santidad era, en realidad, un puro cumplimiento material de una serie de normas, no una forma nueva de pensar y vivir. Juan el Bautista no invitaba a compartir su vida, solamente marcaba preceptos.

Jesús, en cambio, a Pedro como a cada uno de nosotros, no nos reclama un cambio de corazón sencillamente, nos reclama todo. Cuando uno se enfrenta a la grandeza de Dios descubre que somos tan poco a su lado que o le damos todo o no le estamos dando nada.

La invitación de Jesús a ser “pescadores de hombres” les parecía inusitada, rara, una

incógnita. ¿Qué quería decir Jesús cuando decía esto? Seguramente Pedro empezó a imaginar muchas cosas que poco tenían que ver con la verdadera invitación de Jesús.

Lo primero que hicieron juntos fue ir a una boda. A una fiesta que duraba varios días. Ahí se produce el primer milagro de Jesús, el comienzo de la salvación. Después de ese suceso vuelven a Cafarnaúm, que era la tierra de Pedro. Allí Pedro retoma su actividad de pescador y Jesús cura a su suegra. Claramente, todavía Pedro no se había desprendido de todo lo que lo ataba a su vida anterior, todavía estaba atado a su familia, a su mujer y a sus hijos. Hasta es probable que Jesús haya ido a su casa a convencer a su mujer de la necesidad de que Pedro se marchara. De hecho suponemos que la esposa de Pedro permitió que así fuera, no podemos aceptar que Jesús rompiera una familia, pero de todas formas es un misterio.

Es entonces que se produce una gran revelación para Pedro y se produce en el mar de Tiberíades, el mismo lago sobre el cual volveremos al final. En ese mismo lugar y bajo circunstancias parecidas termina el evangelio de Juan con un Jesús resucitado, pero ya nos va a tocar hablar de ese encuentro, lo remarco sencillamente para que sepamos la importancia que este suceso tiene en la vida de Pedro.

Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar». Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes». Y, haciéndolo así,

pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres». Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

La escena es interesantísima. Pedro está pescando mientras Jesús predica. Todavía podemos pensar que no se anima a seguirlo definitivamente, algo no le cierra del todo.

Entonces el Señor lo llama y le indica que se metan mar adentro, que se marchen al mar, a lo incierto. La simbología detrás de esto es fascinante, le dice que abandone sus

seguridades, que se lance a lo incierto, el mar representa eso. La tierra firme es segura, no importa nada, el mar en cambio puede ser una trampa. Lo primero que le dice Jesús es “navega mar adentro”. Y después le dice que eche las redes. Pedro probablemente pensó: “Este puede saber de carpintería y de Escrituras pero para pescador estoy yo”, por eso su respuesta tiene un dejo de duda, de no estar plenamente convencido. “Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices echaré las redes”, no le dice: sí, lo voy a hacer. No nos olvidemos que Jesús acababa de cambiar el agua en vino, curar un endemoniado y a su propia suegra. No estaba hablando un hombre cualquiera. A pesar de eso, Pedro pone cierto reparo, le dice “está bien, lo voy a hacer, pero te digo que esto no es tan fácil”.

Ahí se produce la percepción de Pedro. De sí mismo, la más verdadera y real. Sólo se pudo terminar de entender Pedro en el

diálogo con Jesús. La experiencia de su propia debilidad revela el estado del pescador.

Una vez que sacan todos esos pescados exclama: “Señor ten piedad de mí que soy un pecador”. Y esto no sólo es suyo sino que es lo que sentían los demás también. Pedro es líder natural. Nace el miedo, Pedro tiene miedo ante la propuesta de Jesús. Se da cuenta de que es demasiado grande para él esa invitación que Jesús le hace y eso le da miedo. Se siente débil, incapaz, imperfecto, el pescador tosco, duro y seguro de sí mismo, se vuelve inseguro y miedoso.

Es ahí en donde Jesús le revela la verdad primera. “No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres”. Y ahora sí, Pedro abandona todo y lo sigue.

¿Qué diría Pedro de esta escena?

Yo tenía mucho miedo. No sabía cómo abandonar todas mis cosas, lo veía a Jesús haciendo milagros y cada vez iba conocién-

dolo más. Curaba y hablaba y mi corazón se sentía enamorado. Sin embargo cada milagro que Jesús hacía, más lejos me sentía de él. No era como nosotros, pescadores ignorantes y superficiales. Y me decía a mí que lo acompañara, pensé muchas veces que él no me conocía, que se estaba equivocando llamándome a mí, tenía muchas dudas. ¿De verdad este hombre sabía quién era yo? ¿Comprendía cabalmente que yo era un pescador ignorante, pecador, impuro, que no era el compañero ideal para un hombre de estas características? Después de lo de la pesca, estallé. Le grité en la cara lo que pensaba: “Alejáte de mí, fuera... Yo no soy lo que vos pensás... Yo soy un pecador” y él disipó mis miedos. Me dijo que sabía quién era yo, que no temiera, que él quería ofrecirme una vida nueva.

Pedro intenta alejar a Dios. Y sin embargo Dios sabe perfectamente quién es Pedro, incluso mejor que Pedro mismo. Así, nosotros sólo podemos terminar de comprendernos a la luz de la mirada de Jesús.

“Tú eres Pedro...”

La revelación de nuestra vocación es necesariamente progresiva. Así le va sucediendo a Pedro en su camino junto a Jesús. Pedro ha comenzado a aceptar a Jesús en su vida y a compartir el camino del Señor. Aquí sucede un acontecimiento que será fundamental en la vida de Pedro, un antes y un después de algo que lo marcará para siempre en su vida: la vocación, el llamado más profundo.

“Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas». Díceles él: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque

no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Cristo”. (Mateo 16, 13-20)

Al final de su vida, mientras caminaba por las calles de Roma, Pedro recordaba estas palabras, ese encuentro. Ya era naturalmente el líder de los discípulos. Pedro contesta cada pregunta que Jesús hace a los demás y Él se refiere constantemente a Pedro en forma especial, hay una predilección en Pedro. Nuevamente el Señor le dice algo difícil de entender: “Tú eres Pedro y sobre vos voy a edificar mi comunidad”, ¿Qué significado tendrían para Pedro estas palabras? Y más aún cuando le dice: “Todo

lo que vos permitas estará permitido y todo lo que vos prohíbas va a estar prohibido”.

Dios le confía un empresa, lo elige con nombre y apellido, como a cada uno de nosotros. Una empresa que lo sobrepasaba, lo excedía. Veamos cómo sigue el pasaje.

“Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!». Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres! Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? O ¿qué puede dar el hombre a cambio

de su alma? «Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta. Yo os aseguro: entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir en su Reino»». (Mateo 16, 21-28)

Pedro entonces nos podría decir:

No entendí cabalmente las palabras de Jesús. Porque declararme a mí la piedra de su comunidad significaba que él no lo era. Por eso mi reacción después fue violenta cuando me dijo que iba a morir. Si era Dios no podía ser perseguido, sufrir y ser condenado. Yo no lo iba a permitir. Yo podía entender a esa altura que Dios actuase en la historia, pero no que tuviera un destino trágico. Un Dios que sufriese era para mí escandaloso. Yo lo había seguido, había dejado todo lo que tenía por ese hombre, me ofrecía su Iglesia pero finalmente me decía que iba a sufrir... Era una locura.

Fíjense la dureza de toda la escena. Jesús después de confiarle la Iglesia le dice sin reparos “Satanás”. Después de confiarle toda su herencia y su obra maestra le dice lo peor que le podría haber dicho. En la primera parte le dice: “Feliz porque tus pensamientos son de Dios” y en la segunda le dice: “Maldito porque tus pensamientos son de los hombres”. ¿Qué sucede?

Es que Pedro experimenta a Jesús como un obstáculo. Y a cada uno de nosotros nos sucede en la vida lo mismo. Pedro tiene que dar un salto cualitativo, su vocación se empieza a probar. Tiene que confiar en el Señor y cambiar su forma de pensar. Dejar de pensar como los hombres para pensar como piensa Dios.

La vida de santidad consiste necesariamente en re-jerarquizar el éxito, los valores, toda la experiencia cotidiana, entender el mundo a los ojos de Dios. Cada uno de nosotros experimentamos acontecimientos

en los que nuestra forma de pensar choca violentamente con la forma de pensar de Dios. Será en nuestra familia, con nuestros amigos, en nuestro grupo de misión, en alguna situación de sufrimiento y dolor, una novia o novio que nos abandona, un fracaso en la facultad, en el trabajo. Tendremos alguna situación ante la cual vivir un cambio de óptica. La palabra resignación, al contrario de lo que comúnmente se cree significa “re-significar”, es decir, darle un nuevo sentido a la realidad. Hay acontecimientos que en nuestro corazón causan heridas y esas heridas se vuelven obstáculos para recibir el amor de Dios.

Hasta ese momento Jesús era para Pedro algo lindo, algo agradable. Muchas veces nosotros creemos que porque Dios entre en nuestra vida se nos van a ir los problemas y sin embargo es casi todo lo contrario. Desde que la Virgen María dijo que sí al ángel su vida fue una pelícu-

la de acción. Jesús se vuelve entonces un obstáculo, en nuestra vida muchas veces sucede lo mismo.

*“No, Tú jamás me lavarás
los pies a mí”*

El lavatorio de los pies está lleno de simbología. Es conocido por todos nosotros y sin embargo querría que lo leyésemos una vez más:

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Llega a Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?». Je-

sús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde». Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza». Jesús le dice: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos». Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: «No estáis limpios todos». Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. «En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que le envía”. (Juan 13)

Muchas veces leímos este pasaje desde la óptica de Jesús, de su enseñanza. Hoy

querría que lo leyésemos desde Pedro, él nos diría:

Estábamos sentados en la mesa cuando Jesús se levantó, se sacó el manto y empezó a lavarle los pies a todos, yo pensaba por dentro: “Este hombre está loco, no sabe lo que está haciendo... Con los demás puede hacer lo que quiera pero conmigo no... sería un insulto que me lavara los pies. Yo no soy digno de eso, no soy digno ni merezco que lo haga por mí. Es demasiado grande para hacerlo por mí... la lógica lo impide”.

Obvio Pedro, la lógica no... tu lógica. La que sigue entendiendo el mundo con otros ojos. La que edifica las relaciones por conveniencia, la que no se resigna a creer que Dios pueda querer humillarse por uno. Porque claro, uno es un desastre, es un impuro, un pecador y lo sabe... pero paremos un poquito... Nosotros no nos toleramos imperfectos... ¿Cómo podemos pensar que

Dios sí nos tolere imperfectos? No sólo eso... Nos ame imperfectos.

Esta realidad es muy difícil de asumir. El que diga que la tiene clara es un mentiroso, constantemente a Pedro le surge y le renace eso. Dios se transforma en un obstáculo para Pedro, pero no las exigencias de Dios... Sino todo lo contrario, la misericordia. Ese es el obstáculo que Pedro experimenta. La misericordia de Dios como dificultad.

Yo tengo un convencimiento. Si Dios nos rechazara por nuestros pecados, es decir, si su amor no fuera incondicional como es, no sería tan terrible. Lo terrible no es que Dios nos rechace, sino justamente lo contrario.

Sin embargo hay algo verdaderamente valioso en Pedro y es el descubrimiento de su propia indignancia, el de su miseria. Y sin embargo este reconocimiento lo aleja de Dios. Para acercarnos verdadera-

mente a Dios hace falta redescubrir lo que somos verdaderamente, esto es... imperfectos, llenos de impurezas (por supuesto que también tenemos virtudes)... Los santos descubrieron el abismo que los separaba de Dios mucho más que los grandes pecadores. La diferencia estuvo en su actitud, en la actitud ante el don –porque Dios y todo, es don y regalo–. El que pide una limosna adopta una actitud completamente distinta del que pide lo que se le debe por derecho propio. Los santos supieron acercarse a Dios como el mendigo, sabiendo que se acercaban a pedir algo que por justicia, en la óptica humana, no merecían. Y esta actitud es la que les arrebató el cielo. El buen ladrón es un ejemplo de eso...

Esta es la razón por la cual Jesús exclamó que las prostitutas y los publicanos van a entrar al Reino de los cielos antes que nadie. La misericordia (mi miseria en el co-

razón de Dios) significa reconocer mi pobreza y dejarla llenar.

Yo imagino que en la puerta del cielo nos va a recibir San Pedro con una pregunta muy sencilla. Vamos a cargar un balde que tenemos que llenar con amor para poder pasar. San Pedro nos va a recibir con una manguera y nos va a preguntar cuánto amor necesitamos para llenar el balde. El soberbio va a pedir poco amor creyendo que tiene lo que necesita y por esa razón va a quedar afuera. La prostituta en cambio va a pedir que le llenen el balde y en ese gesto de humildad se va a arrebatar el cielo.

*“No lo conozco ni
sé de quién hablas...”*

Pedro, llegamos a tu noche más oscura. A tu momento más difícil. Al borde de tu tristeza. Analicemos cómo era ese noche para Pedro.

Era Pascua, una fiesta judía. Se habían juntado a comer, allí habían sentido cómo Jesús les iba abriendo el corazón. Empezaban a entender muchas cosas, incluso Felipe había exclamado: “Por fin hablas claro”. Todo parecía tomar color, el lavatorio de los pies, la eucaristía, todo en un clima de intimidad maravilloso. Era como la noche de los novios, las velas, un instante de felicidad maravillosa. Pedro se sentía, como cada uno de los que estaban allí, enamorado. Tantos sentimientos cansan inevitablemente, cuando uno vive emociones muy fuerte queda muy cansado y ése era el estado que tenían

los Apóstoles. En ese clima de enamoramiento tan profundo Jesús lo mira a Pedro con dulzura y le dice:

«¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha pedido el poder para zarandearos como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos». El dijo: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte». Pero él dijo: «Te digo, Pedro: No cantaré hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces». (Lucas 22, 31-34)

A mí me toca en lo profundo esta escena... Siento a Jesús posándome los ojos y diciéndome: “mirá que vas a tener momentos difíciles y todo el mundo va a tratar de zarandearte y hacerte caer. Yo rezo por vos para que tu fe no desfallezca. Para que no te rindas y sigas de pie”. Me emociona la ternura y la preocupación de Jesús por Pedro y siento muchas veces en mi vida estas palabras de Jesús alentándome.

Más allá de esto hay algo que me llama la atención. Y es la frase que sigue: “Cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”. Es decir, después de negarme, después de haberte caído... después de eso, volvé y confirma a los otros, a los que incluso tal vez nunca se fueron. Me recuerda al Hijo Pródigo.

Pedro dice lo que le grita su corazón después de una noche como esa. Yo en el lugar de Pedro hubiese gritado más fuerte todavía: “aunque tenga que morirme no te negaré”... Miren la fortaleza de esa afirmación, miren la fuerza que toma para él este momento. Tal vez sí, como en aquel episodio cuando caminó sobre las aguas, Pedro creyó más en él que en Jesús. Y Jesús sabía claramente que la fe, que la perseverancia tenía más que ver con la fuerza de Dios que con la fuerza de Pedro. Y hacía falta que Pedro experimentara una vez más esa realidad, hacía falta una más para que pudiera ser confirmado defini-

tivamente. Por eso le dice: “Cuando hayas vuelto confirma a tus hermanos”. Es que, en definitiva, cuando hayas aprendido que la fe no depende de vos, cuando la hayas empezado a perder, cuando te sientas herido y fracasado, allí, al borde de tu tristeza, voy a estar yo. A lo largo de mi camino de fe Dios me dijo algo que no puedo olvidarme: “Al borde de tus fracasos, está mi victoria”.

Los grandes santos atravesaron grandes momentos de oscuridad. De batallas de la fe. Yo estoy convencido de que cuando Dios quiere llevarnos a un conocimiento más profundo nos lleva a descubrir que Dios no está a nuestra disposición, que no trabaja para nosotros, sino al contrario nosotros para él; que la relación verdadera es yo pido y Dios me da no al revés, es decir yo doy y Dios me pide; que no podemos construirlo a nuestro antojo sino que tenemos que aceptarlo como es; no pretender encasillarlo en nuestra lógica limitada; porque se nos da como un don,

que hasta nuestras virtudes son regalo suyo, que la castidad sólo puede ser real y casta si es un regalo suyo, que la pobreza sólo puede ser pobre si es suya, y que la humildad sólo será humildad si nos dejamos desnudar por su mirada que revela la verdad de nosotros mismos. Cuando descubramos que verdaderamente todo es regalo y que todo depende de Él. Cuando encarnemos eso positivamente más allá del discurso que tengamos, ahí, y sólo recién ahí, podremos empezar a transitar el camino verdadero de la santidad. Y es que Pedro, con su respuesta a la advertencia de Jesús sigue sin entender el verdadero significado de la vida de Jesús, que es entrega, misericordiosa y gratuita. Pedro sigue pensando: “No, yo te voy a dar a vos, vas a ver que no te voy a negar...” y fracasa.

Pedro tiene que atravesar la noche oscura.

“Entonces lo prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacer-

dote; Pedro lo iba siguiendo de lejos. Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «Este también estaba con él». Pero él lo negó: «¡Mujer, no le conozco!». Poco después, otro, viéndole, dijo: «Tú también eres uno de ellos». Pedro dijo: «Hombre, no lo soy!». Pasada como una hora, otro aseguraba: «Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo». Le dijo Pedro: «¡Hombre, no sé de qué hablas!». Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo, y el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces». Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente”. (Lucas 22, 54-62)

Quiero sugerir una lectura original a este pasaje. Muchas veces se cree que lo que impulsa a Pedro a negar a Jesús es el miedo, pero no solamente es el miedo, en las negaciones de Pedro hay algo verdadero. Pedro siente que no lo conoce a Jesús tam-

bién, incluso imagino un poco de bronca detrás de cada una de sus palabras. Tal vez Pedro diría:

Es que después de todo lo vivido, sentí que ya no lo conocía. El Mesías, el hombre que venía a salvar al mundo, se había dejado apresar como un cordero. Íbamos a liberar a Israel y ahora lo metían preso, lo traicionaba uno de nosotros y él no hacía nada y encima, cuando saqué mi espada para defenderlo, me hizo guardarla. Verdaderamente no lo conocía. Mi cabeza estaba lejos de toda esta situación, no podía entenderlo con la cabeza. Jesús era un extraño para mí.

A lo largo de nuestra vida experimentamos una situación similar. Tarde o temprano cada uno de nosotros deberá vivir una prueba análoga, similar. En nuestra vida cotidiana, nuestros afectos, nuestra comunidad, nuestro grupo de amigos, entre otros. Dar un salto cualitativo. Será la prueba, el aprender

a aceptar el misterio, la ruptura, la revelación del misterio de Dios como totalmente distinto de nuestra forma de pensar. Esto es lo que le pasa a Pedro también en otro momento, previo al lavatorio de los pies. Después del discurso del pan de vida de Jesús, un discurso del que muchos se alejan, el Evangelio incluso nos indica que, cuando lo escuchaban, muchos comentaban “qué duro habla este hombre”. De a poco todos se van marchando y quedan los doce de siempre. La pregunta de Jesús es maravillosa: “¿También ustedes quieren irse?” y Pedro con el corazón en la mano, sin tal vez haber entendido una décima de las cosas que Jesús había dicho, responde en nombre de todos: “Señor, ¿A quién iremos, si sólo tú tienes palabras de vida eterna?”.

En la vida, en mi vida, experimento muchas veces a Jesús como un obstáculo. Creo que es contradictorio a mi felicidad, que es un impedimento para hacer lo que

tengo ganas de hacer. Querría enfiestarme y no puedo por culpa de Jesús, querría vivir de joda y no puedo por culpa de Jesús, querría dedicarme a ganar millones de dólares y no puedo por Jesús.

Pero la lógica de Jesús es distinta radicalmente. Hasta que no aprenda a re-jerarquizar mi vida. A redescubri-la a la luz de sus ojos, mi corazón va a seguir chocando y hacándose entre la lógica del mundo y la lógica de Cristo. Mi desafío sigue siendo vivir el mundo, profundamente en el mundo, pero con un lenguaje ajeno al mundo, con unos ojos ajenos al mundo. Con los pies en la tierra, bien en la tierra pero los ojos en el cielo, bien en el cielo. Porque al fin y al cabo: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?”

Lucas, quién narra esta escena, agrega un dato que a mí me parece conmovedor. La mirada de Jesús después de la tercera negación. Siento personalmente una obse-

sión con esa mirada, incluso tengo una copia de la diapositiva de la película *Jesús de Nazareth* en mi Biblia y rezo muchas veces con esa foto. Como el día en el que Jesús y Pedro se conocieron, nuevamente la mirada toma un lugar fundamental en la acción. Es una mirada que produce que Pedro lllore amargamente el resto de la noche. Una mirada que lo desnuda, que lo deja herido. Y el caso es que, detrás de esa mirada, nuevamente Pedro se reencuentra. Lloro porque sufre haber negado a su Señor y así y todo no estará presente en la crucifixión tampoco. Los tiempos de cada uno se revelan en esta minucia.

“Voy a pescar...”

Jesús ha muerto y quiero que miremos el estado en el que estaba Pedro después de la muerte de Jesús.

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando

todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos”. (Juan 20, 1-10)

Fíjense, Juan y Pedro salen corriendo. Juan, que es el más joven, llega primero pero no se anima a entrar, en cambio Pedro está tan desesperado que entra sin pensarlo, como desesperado buscando a su Señor. Me

recuerda a la escena que viene después en la que María Magdalena le dice a Jesús: “Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. La búsqueda... esa palabra define el estado de Pedro y de muchos de los discípulos, estaban tristes, perdidos, desalentados, cualquier atisbo les servía para edificar una esperanza. Muchas veces en mi vida me pasa lo mismo, llego a un punto en el que después de un aparente fracaso –la cruz parecía para los discípulos un fracaso– me quedo perdido, triste... En ellos está lo mismo, pero no pierden la búsqueda.

Después tenemos el encuentro de Jesús con los doce y Tomás. Sin embargo no tenemos un momento de intimidad entre Jesús y Pedro, incluso lo vemos a Pedro distante y expectante, como esperando que el Señor tome la iniciativa. Un Pedro que busca, pero callado. Ya no promete como antes, no grita, prefiere escuchar. Pedro diría:

Yo estaba callado. Sinceramente la cruz de Jesús me había dejado muy triste, desesperanzado, con miedo. No entendía qué era lo que tenía que pasar ahora. Después Jesús se apareció pero ya no me animaba a preguntarle ni a responderle. Me sentía distinto frente a él. Había experimentado toda mi miseria y mi infidelidad y sin embargo me sentía abrazado por su mirada. De alguna forma lo de las negaciones había vuelto nuestra relación más franca, más realista. Yo era pobre e infiel y así y todo lo amaba.

Es otro Pedro. Un Pedro curado, curtido, menos verborágico y hasta más comprensivo. A mí me da la impresión de que Pedro hasta estaba más tolerante. Pareciera haber experimentado el paso de una fe adolescente a una fe madura. Así como uno en la propia vida va atravesando etapas de la fe. Hay un quiebre antes y después de las negaciones, nunca más Pedro parece el mismo. En ese contexto sucede lo del Mar de Tibería-

des. Al igual que en aquella pesca misteriosa, Pedro y Jesús, en circunstancias parecidas, vuelven a encontrarse. Es casi una novela romántica.

“Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: «Voy a pescar». Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo». Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada. Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Díceles Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?». Le contestaron: «No». El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice, entonces, a Pedro: «Es el Señor», Pedro se puso el vestido —pues estaba desnudo— y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces;

pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Díceles Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar». Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Venid y comed». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez. Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos”. (Juan 21, 1-14)

Mismo mar, misma situación, misma resolución. El que es distinto es Pedro. A simple vista parece que habían vuelto a ser pescadores y probablemente, creo yo, esto hubiera sido así si no hubiesen tenido algo que les impedía volver a ser los mismos: una comunidad. Ya no son Pedro, Andrés, Santiago y Juan solamente. Sino también Natanael, Tomas y dos discípulos más. Es

decir, es más probable que haya sido una reunión de amigos. Salen a pescar y fracasan. Nada pasa, de nada sirven sus redes y sus barcas. Después del conocimiento de Jesús sus redes no tienen ninguna utilidad. Uno incluso podría preguntarse, según lo que narran los evangelios, si estos cuatro muchachos eran buenos pescadores, porque cada vez que un evangelista cuenta que fueron a pescar, por ellos mismos no pescaron nada. Al amanecer aparece un hombre caminando y les dice que tiren las redes y miren la diferencia de Pedro. El que antes había dicho: “Hemos probado toda la noche... pero si tú lo dices”, no aceptaba nada sino que lo hacía. Es un Pedro menos autosuficiente, más realista.

¡¡Cuando Juan descubre que es Jesús y se lo cuenta a Pedro...!! Pedro se ata lo que tenía puesto y se tira a buscarlo. Había cien metros hasta la orilla, una cuadra... ¡Pedro se tira a buscarlo! Juan y los demás van en

la barca, despacio. El impulsivo, en cambio, no puede esperar.

Por supuesto que detrás de esta lectura hay millones de símbolos, sobre todo si lo ponemos en contraposición con la primera. Las diferencias son notables, pero sólo voy a tomar una que interesa en Pedro. En la primera Pedro se espanta, en la segunda se lanza a buscarlo. En la primera se llena de miedo, rechaza a Jesús (“Aléjate de mí” –le dice), en la segunda se arroja desesperadamente en sus brazos.

Esta actitud tan distinta es la que quisiera poder hacer carne en mi vida cotidiana. La de animarme a lanzarme en sus brazos a pesar de mi miseria, descubrir que mi miseria es el camino maravilloso a través del cual puedo encontrarlo y encontrarme.

Dejar de mirarme tanto a mí mismo, a lo que soy, para poder reflejarme en él. Es decir, encontrarme conmigo, pero a sus ojos. Intentando comprender mi vida absoluta-

mente a su luz, a entender que él me amó y me eligió para algo especial, especialísimo y que sólo yo puedo hacerlo.

“Pedro, ¿me amas?”

El pasaje que a mi entender es el más conmovedor de todo el Evangelio. El reencuentro íntimo entre Jesús y el primer Papa.

“Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?». Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos». Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?». Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». Con esto indicaba la clase de muerte con que iba

a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme»". (Juan 21, 15-19)

¿En qué consiste esta situación? Como decíamos antes, en ningún momento el Evangelio nos narra un encuentro íntimo entre Jesús y Pedro pos-negaciones, éste es el momento. Terminan de comer, Jesús se aleja con Pedro y le pregunta. No hay en el Evangelio preguntas dirigidas a Pedro, siempre son hacia todos y Pedro es el que responde. En este caso, en cambio, la pregunta tiene un destinatario y es que acaso el juicio final sea como el final del Evangelio. Muchas veces dije que imaginaba mi juicio así. La pregunta es la mejor que podría hacerle. Es individual, personal, única y violenta. Las respuestas de Pedro se suceden sin variar las dos primeras. Dicen que a las tres negaciones se oponen estas tres reconfirmaciones de Jesús. Es decir, Pedro negó a Jesús y Jesús lo afirmó en su vocación y destinó la misma cantidad de

veces y sin embargo la tercera respuesta es la más bella de todas, se entristeció y le dijo: “Señor, tu lo sabes todo... tú sabes que te quiero”. Pedro humilde, Pedro que ha entendido quién es Jesús, y lo ha entendido mucho mejor que cuando proclamó que era el Hijo de Dios. Pedro que descubre que su vocación, en realidad, es un regalo de Dios más que un premio por sus virtudes. Descubre que Jesús lo llama más por misericordia que por confianza.

Lo segundo que Pedro experimenta es que Jesús lo salva, lo renueva. Que lo hace meterse dentro suyo y buscar allí adentro la fuerza del amor que lo hace renacer. Renace en Pedro todo el amor que tiene por Jesús y queda claro que ese amor es más fuerte que su infidelidad y pecado. Más fuerte y más real que la infidelidad está el amor que Pedro siente por su Maestro. Jesús reconstituye el amor que Pedro siente por él, lo limpia, lo saca a la luz (como ca-

da reconciliación que nosotros vivimos, es que esencialmente la reconciliación es eso).

Podría hablar horas de esta escena pero se las dejo para que la mediten después, me quiero centrar en el resto del pasaje. En el momento en el que Jesús le dice: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme». De esta forma Jesús no solamente le dice cuál es la forma en la que va a morir sino también cuál es la forma en la que va a vivir.

Antes eras vos, vos decidías tu vida. Ahora ya no la decidís vos, ya sos mío porque sos de los otros. La dependencia de los demás hacia Pedro se va a volver tal que ya no puede elegir por sí mismo. Y en este

sentido la realidad de la cruz, de la entrega por los demás, ésa es la vida sacerdotal –no en el sentido de los sacerdotes sino en el sentido del sacerdocio de Cristo que todos los cristianos compartimos–. Es decir, tu vida, Pedro, va a ser entregarte por los otros. Estar dispuesto a morir por los demás, y esto sólo puede hacerlo aquel que está dispuesto a vivir por los demás. Confirmado en su vocación, Jesús sólo le repite una frase, la que inició su camino juntos: “Seguime”. No le dice “no me niegues más”, “no te equivoques más”, le dice sencillamente “Seguime” y ahí condensa todo lo que soñó para Pedro.

*“Pongan al servicio de
los demás los dones...”*

¿Quién es Pedro al final de su vida? ¿Cómo actúa el primer Papa? Después de Pentecostés participa y promueve la elección de un apóstol en reemplazo de Judas y frente a una multitud predica y convierte a 3.000 personas. La fe de Pedro es capaz de curar a un paralítico, cae preso con Juan y es liberado por un ángel, sigue estableciendo la doctrina y viaja predicando a Jesús. El cuadro de la muerte de Pedro que nos da la tradición es una de las escenas más lindas y conmovedoras de la tradición.

Resulta que Pedro se marcha de Roma porque sabía que lo iban a matar. En ese escape de Roma tiene la visión de Jesús yendo hacia Roma con la cruz a cuestas. Le pregunta: “¿Adónde vas, Maestro?” y Jesús le responde: “A ser crucificado en Roma” Esto

le indica a Pedro que tenía que volver y asumir la cruz. Hacia allí parte y a la hora de morir pide ser crucificado cabeza abajo por no sentirse digno de morir como su Señor.

Esta escena, este cuento a mi me llena de emoción. Y me llena de emoción porque creo que en la vida de todo apóstol hay situaciones que nos hacen vivir en lo más profundo. Alguna persecución o incomprensión de los que nos rodean, algún sacrificio que nos toca hacer por los demás; alguna renuncia a nuestra comodidad, algún sufrimiento que hay que resignificar. Todos estos acontecimientos son similares a esta escena de Pedro. Es que el amor, la entrega por los otros tiene mucho que ver con propia cruz. Una vez me pasó algo muy especial, en una misa reparé de una forma especial en la fórmula de la consagración cuando el sacerdote dice: “Tomad y comed todos de él, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros”. Yo sentí que mi vida tenía que transformarse de

alguna forma en esta declaración, en poder decirle a los demás, a los que me rodeaban: “Esta es mi vida, es para ustedes, tomen y cómanla. Yo se las entrego, yo la entrego por ustedes”.

Mi última reflexión respecto de Pedro tiene que ver con esto. Tiene que ver con mi capacidad de vivir mi vida incluyendo a los demás. Especialmente a quienes recibieron menos. El destino universal de todos los bienes se refiere no solamente a los bienes materiales sino también a los espirituales. Es decir, toda la creación fue hecha para que todos, absolutamente todos, goce-mos de ella y hacer que cada uno de los hombres gocen de la creación es hacer justicia. Es decir, ordenar la creación según Dios lo quiere.

Yo he recibido amor para darlo a los otros. Yo he recibido a Jesús para compartirlo con los otros, todo lo que tenemos tiene que ser compartido y yo no puedo dejar

de trabajar para que venga el reino de Dios a la tierra y ese reino lo construyo diariamente como Pedro.

Como Pedro, tengo que redescubrir mi vida como un don. No para mí, sino para los otros.

Como Pedro, tengo que descubrir que la cruz, la entrega es el destino que me toca vivir para ser feliz.

Como Pedro, tengo que animarme a vivir la misericordia de Jesús sin pensar si la merezco o no.

Como Pedro, tengo que dejarme revelar por Jesús. Descubrir quién soy para saber quién tengo que llegar a ser.

Como Pedro, tengo que animarme a transitar esos caminos.

Yo imagino al pobre Pedro entrando en Roma, pescador ignorante. ¿Quién hubiera dado un peso por ese Pedro? Y sin embargo... El mundo pudo ser transformado por

ese pobre hombre que se animó a entregarse a Jesús. Hoy el desafío es el mismo, Jesús es el mismo y sigue actuando de la misma manera. Lo que cambia es la persona, hoy no es Pedro, soy yo, sos vos.

Por último quiero dejarles una frase de Pedro, en una de sus cartas él escribe:

“Sobretudo, ámense profundamente los unos a los otros, porque el amor cubre todos los pecados. Practiquen la hospitalidad, sin quejarse. Pongan al servicio de los demás los dones que han recibido como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. (I Pedro 4, 8-10)

